

PARTE CRITICA.



EL PUEBLO SE DIVIERTE.

Esta catorcena (que á quincena no ha llegado , gracias al señor Febrero, que se mantiene inalterable en sus 28, sin que le alcance el espíritu de reforma , á no ser que allá en el calendario nuevo de la república de San Marino le hayan adjudicado el par de dias que le faltan, por aquello de la igualdad republicana), esta catorcena , digo , se ha pasado mitad por mitad entre el Carnaval y la Cuaresma. Nada diria, yo FR. GERUNDO, de la primera mitad , dejándola como cosa añeja y de *in illo tempore*, puesto que hoy la interposicion de una semana hace las cosas tan viejas como en otros tiempos un año , si no fuera que el Carnaval de 1849 en Madrid adquirió títulos y méritos para que se le diera á conocer á los pueblos de España, á los pueblos de Europa, á los pueblos de ambos mundos.

Madrid enloqueció por unos dias, si es que en el resto del año habia tenido juicio ; y si, como creo, siempre la *capital* está un poco tocada de la *cabeza*, en la semana pasada se desarrollaron las tendencias y se pronunciaron en un verdadero vértigo. Madrid se desató , Madrid se dió á bailar por las noches, y á las máscaras y á la broma por los dias. La Reina bailaba, y *regis ad exemplum* danzaba todo el mundo. El pueblo dijo : «mientras nos ponen la ceniza y los presupuestos, que son dos cenizas, vamos viviendo y vamos gozando.» En el Congreso se suspendió la ley de beneficencia y en el Senado la de minas , y diputados y senadores se dieron asueto para

dedicarse sin cuidados á las diversiones de Carnestolendas. La legislacion sufrió un interregno, y la política un eclipse casi total: lo primero no es una cosa extraordinaria, pero lo segundo fué un verdadero milagro de la época, que solo el Carnaval pudo hacer.

Pensaria Ametller que su entrada en Cataluña á mandar los republicanos solos, ó los republicanos y montemolinistas, ó los unos con acuerdo de los otros, habria de causar gran sensacion en Madrid. Pero Madrid supo que habia entrado Ametller, y se fué á las máscaras. Supo despues que Ametller habia sido batido y obligado á refugiarse en Francia, y Madrid continuó divirtiéndose. Volvió á entrar Ametller por otro punto de la frontera, y la gente de Madrid bailó de alegría. Mas al dia siguiente se supo que Ametller habia sufrido otra mayor derrota, huido otra vez á Francia con algunos restos, y sido todos desarmados y presos por los aduaneros franceses, y Madrid prosiguió bailoteando y bromeando de lo lindo. Cree-ria el Pimentero que por haber entrado en Tarancon, desarmado unos guardias civiles, llevádose dinero y caballos, y dado un susto al gefe político de la provincia, se asustaria tambien Madrid: pero el dia que Madrid supo esta atrevida invasion invadieron las máscaras todos los salones de ellas, en términos que no se cabia en ninguno. Súpose á los pocos dias que la faccion del Pimentero habia sido completamente destrozada por la guardia civil, y los salones de baile y de máscaras se llenaron de bote en bote.

Subamos ahora desde el Pimentero hasta el Gran Duque de Toscana, que es un salto regular. Pensaria acaso el Gran Duque Leopoldo que la capital de España se afectaria y pondria de mal humor al saber que se habia visto obligado á abandonar sus estados, aburrido de las exigencias de los demagogos de Florencia y de Liorna. Pero se equivocó, porque el dia que se supo en Madrid la fuga del Gran Duque, se entregó el pueblo en masa á la mas bulliciosa y alegre anarquía carnavalesca. Figurariase quizá el buen Pio IX que cuando se supiera en España que la Con-tituyente de Roma le habia declarado depuesto del poder temporal y proclamado la república, se cubriría de tristeza y de tuto el corazon de la católica España. Pero se engañó Su Beatitud, porque el dia que Madrid, corazon y cabeza de la catolica España, recibió aquella triste nueva, que fué el Miércoles de ceniza, ochenta mil católicos apostólicos romanos de la clase plebeya acudieron á la Prade-

ra del canal á celebrar con danzas y con brindis el famoso *entierro de la sardina*; mientras otros veinte mil católicos de las clases alta y media se consagraban en Atocha al inocente desahogo de las mascaradas. Habrá creído la Europa entera que porque ella ande cada día mas desconcertada y revuelta, y ardiéndose por allá el mundo, habia la corte de España de participar de sus sinsabores y sus pesadumbres; pero la Europa se ha llevado un gran chasco, porque á Madrid se le ha dado un comino por las agitaciones europeas, y lo que hizo fué decir: «diviértame yo, y *fractus illabatur orbis.*» Y lo hizo, y se divirtió superlativamente. Por último, sospecharian quizá los pueblos de España que porque ellos estén todos los días gimiendo y llorando, y prorumpiendo en lamentaciones sobre su malestar, la corte los habia de acompañar en su sentimiento; pero si así pensaban los pueblos de España, también han errado en sus juicios, porque Madrid se echó á gozar á todo trapo, sin dársele una higa por las lamentaciones y el malestar de los pueblos.

Asegúrase que no han conocido los nacidos (y por supuesto que los que estan por nacer no lo han conocido tampoco) un Carnaval mas bullicioso y de mas movimiento y animacion que el del año 49, y lo creo. Las clases altas, bajas y medias parecia haberse desafiado á quien mas se divirtiera, y resultó que todas se divirtieron mas. En cuanto á bailes nocturnos, públicos y privados, con máscaras y sin ellas, me llegué á persuadir, yo FR. GERUNDIO, que era ya una enfermedad epidémica, y que el cólera-morbo de otras partes habia venido aqui degenerado, y se habia convertido en baile-morbo. Y morbo hubiera sido, capaz de acabar con la mitad de la poblacion, á haberse alargado unos dias mas la temporada, porque hubieran concluido las gentes por sucumbir de fatiga. Así es que si la iglesia no hubiera enviado tan á tiempo la Cuaresma, hubieran los padres de familia solicitado una cuaresma estraordinaria por via de medicina, ó hubieran tenido que suministrar opio en grandes dosis á sus hijos para narcotizarlos por algun tiempo, ó ver de curar de cualquier otro modo el furor por la danza que habia acometido á las Wilis del Manzanares, y aun para darse á si mismos el oportuno é indispensable descanso, que bien lo habian menester también, puesto que el oficio de guardianes les habia costado una serie de malas noches que los traia ojerosos y desmedrados

En cuanto á las máscaras diurnas, de calles y paseos, así

como ha de haber al fin del mundo un juicio universal, asi antes que el mundo se acabe quiso Madrid dar el espectáculo de un desjuicio universal. Desde por la mañana comenzaban á recorrer las calles bandas de enmascarados precedidos de alegres músicas, en cuyo instrumental era como de ordenanza y de necesidad indispensable la sonora pandereta. El disfraz favorito de estos *matinés*, es decir, de estas comparsas *matutinas*, era el antiguo traje universitario de los estudiantes, el manto y el tricornio, que por decreto de D. Martin de los Heros, cuando fué ministro de lo Interior, fueron desterrados de las universidades y pasaron á ser patrimonio del Carnaval, que fué lo único que le ocurrió para mejorar el plan de estudios. Escusado era pensar en transitar por una calle sin tropezarse con alguna de estas bandadas de supuestos escolásticos: algunos lo eran en realidad, pero la mayor parte asi habian saludado ellos el latin como el hebreo. Bien que en esta época de ilustracion no solo parece, sino que es probado, que sin saber latin puede un hombre calzarse nada menos que una direccion de estudios, y cortar y rajar sobre el modo y forma como se han de hacer los estudios de las lenguas sábias. Pero vamos al caso. Y es que este año, por escepcion, se dieron varios grandes de España y otros altos personajes á disfrazarse de estudiantes, y á requebrar como ellos á las damas que se asomaban á los balcones, y á pedir como ellos con sombrero en mano. En una de estas comparsas el que tocaba la pandereta, y á fé que la zarandeaba muy bien, era uno que ha estado recientemente y en varias ocasiones á punto de ser el encargado de formar un ministerio que nos hiciera felices, y que todavia no me maravillará que el dia menos pensado reciba esta mision, porque continúa en ocasion próxima de recibirla; y en verdad que entonces bien se podrá decir: «en manos ha entrado el pandero que le sabrán tocar.» Y al que no lo quisiera creer le remitiríamos á la prueba que de ello dió el martes del Carnaval próximo pasado, y quien bien toca el pandero por las calles, bien sabria tocarle en el ministerio. La razon es convincente.

Mas cuando arreciaba el furor de las máscaras era por las tardes. Hombres y mugeres parecia haber obedecido á una voz sobrehumana que les hubiera dicho: «id, y practicad una escrupulosa visita domiciliaria, escudriñad los rincones mas recónditos de cada casa, haced un registro arqueológico de cuantas antigüedades haya podido respetar el tiempo, recoged

cuantos trapos, cuantas prendas, cuantos documentos halleis, desde la invasion de los cartagineses hasta nuestros dias, haced una colecta de los restos que hayan podido conservarse de las modas de todos los siglos, y acomodad á vuestro cuerpo sin distincion de fechas los efectos que mas á la mano os vieren, y arrojáos á la calle y al paseo, y embromad y divertíos hasta que no podais gañir.» Y asi lo ejecutaron, y se hizo una edicion general de las estravagancias y caprichos de las modas de todos los tiempos, y cada individuo era un juego de despropósitos, cada cuerpo una coleccion de anacronismos, cada hombre un cuadro de Goya, cada muger una tentacion de San Antonio, cada prógimo un *humano capiti de Horacio*; cuerpos con cabeza de muger y piernas de capitán de dragones; centros de fregatrices con estremidades de dama de estrado; sueños fantásticos reducidos á trages; delirios y locuras que volverian loco al que intentara describirlos al pormenor: ademas del despojo universal de sábanas y colchas que debieron sufrir las camas para convertirlas en dominós, algunos de los cuales revelaban no mucho aseo doméstico, y hubiera debido denunciarlos la junta de sanidad del reino por delitos contra las reglas de la higiene. Comparsas de enmascarados en coches, comparsas á caballo, y comparsas á pié; individualidades sueltas ecuestres y pedestres; de estas el mayor número; todos hablando, chillando ó gritando, á guisa de un órgano colosal de destempladas voces, en que se hubieran meneado veinte mil teclas á un tiempo, que produjeran otros tantos sonidos desapacibles, con los cuales sin embargo se divertian las máscaras, se deleitaban los que oian, y todo el mundo se recreaba, y la jovialidad se pintaba en los semblantes de todos.

No era lo que menos llamaba la atencion la multitud de niños, á quienes sus padres habian tenido la humorada de disfrazar con lindos y caprichosos trages, únicos en que se observaba regularidad, y que al modo de sus corazones no participaban de la corrompida anarquía de los disfraces de la gente adulta. Cuando ellos sean grandes, y entren de lleno en el mundo de las máscaras y de las ficciones, ya se habrá estragado su gusto á fuerza de ver los ejemplos que se les presentan á los ojos. Por de pronto es un consuelo que el artículo de máscaras haya pasado á ser un ramo de educacion primaria; niño habrá habido que al volver al colegio el primer jueves de Cuaresma, haya renegado del insulso uniforme de cole-

gial, y dado al diablo el silabario al acordarse del vestido de torero que llevaba el martes de Carnaval.

En la tarde de aquel dia íbamos TIRABEQUE y mi reverencia camino de Atocha, punto de reunion de las máscaras mas decentes, encantados de ver tal animacion y tan universal regocijo. En un rató que nos paramos, oimos á dos estrangeros que junto á nosotros se hallaban, no menos encantados con aquel cuadro de bulliciosa alegría, los cuales departian entre sí diciendo:

—«Ahora veo que Mad. de Fereal ha tenido razon en decir en su Oda á la España:

¡Dieu semble l'avor fait dans un jour d'allégresse!
 ¡Parece haberla hecho Dios en un dia de buen humor!

—Si, decia el otro; y esto es mas de admirar cuando podemos esclamar con la misma Mad. de Fereal:

¡Grand Dieu! de toutes parts l'Europe se déchire!
 ¡Gran Dios! en todas partes la Europa se está desgarrando!
 —Mas esclamemos tambien como ella, decia el primero:

¡Mais que dis-je! écartons ces lugubres images!
Noble Espagne! avec toi, du milieu des orages,
Je veux bénir, je veux chanter!

«¡Pero qué digo! desechemos estas lúgubres imágenes! Noble España! En medio de estas borrascas quiero bendecir contigo, quiero cantar contigo!»

—Este debe ser, decia el uno, el verdadero pais de la Cuaña, por que veo que aqui todo el mundo vive alegre y contento.

—Esta debe ser, decia el otro, la verdadera Icaria de nuestro Mr. Cabet, pues aqui parece que á cada cual le chorrea la felicidad y la ventura por todas las partes de su cuerpo.

—Yo voy á escribir, decia el primero, á nuestros compatriotas, que en lugar de hacer esas peligrosas expediciones que están haciendo á las Californias, en busca del oro que abundantemente está suministrando el rio del Sacramento, y donde tantos hombres encuentran la muerte por castigo de su codicia, se vengán á España, donde debe haber mas riquezas ya descubiertas, que las que ocultan las entrañas de aquel nuevo

Potosí. Las verdaderas Californias deben estar aqui en España.

—Pues mire vd. , Monsiur , exclamó TIRABEQUE, que hasta entonces habia estado callado; aqui en estas Californias hay muchos miles de familias que Dios sabe si habrán tenido hoy un pedazo de pan que llevar á la boca.

—¡Oh! eso no es posible, replicó uno de los franceses: aqui todo el mundo debe ser feliz , porque veo que todo el mundo está mucho contento.

—Si señor, replicó PELEGRIN, mucho contento , menos los que están rabiando. ¿Hace mucho tiempo que están vds. en España?

—Oh, no; unos pocos dias no mas.

—Ya se conoce, repuso mi lego: entonces no estraño que ignoren vds. nuestras interioridades domésticas, y que no sepan vds. que las viudas, cesantes, curas y esclaustrados de estas Californias están condenados á ayunar en Carnaval y domingo gordo, y que para ellos el Carnaval es tan semana de pasion como la de la Cuaresma; y que en cuanto á empleados, principiando por los de la Real Casa , y acabando por donde vds. gusten, al que no le deben seis meses de su sueldo le deben ocho, menos los que lo cuentan por años : conque ya ven vds. si toda esta gente , que es mas de la que vds. creerán, estará mucho contenta.

—Oh, perdonad , exclamó el segundo , eso no es posible. Desde que nosotros somos llegados en Madrid, no hemos oido hablar de otra cosa que de bailes y de saraos, y de máscaras y diversiones : y un pueblo donde no se piensa sino en bailar y divertirse, y donde hay tanta abundancia de humor, no puede menos de ser grandemente dichoso, y de haber mucho bienestar y mucha abundancia de dinero, y es por eso que aqui en España pienso que deberá haber mas oro que en los montes de las Californias.

—Lo que hay en estas Californias, replicó PELEGRIN, es un cierto monte que llamamos de Piedad, donde en menos de un mes se han empeñado alhajas por valor de cinco millones de reales, para poder ir á esos bailes y á esos saraos; y si esto ha hecho la aristocracia y la gente de la alta cámara y que pasa por rica, pueden vds. calcular cómo andará la cosa bajando un poco la mano á la Cámara de los Comunes.»

Miráronse los estrangeros como sorprendidos, y yo aproveché aquellos momentos de intervalo para decir á TIRABEQUE

al oído: «Mira, PELEGRIN, házme el favor de no descubrir nuestras flaquezas á los estrangeros, porque esto nunca conviene, y ya que por desgracia las tengamos, reservémoslas para nosotros, y no las revelemos á gente estraña. Lo que has dicho ya no tiene remedio; pero adviértote (y te lo prevengo porque te veo en tren de charlarlo todo) que te guardes de descubrir que en estas Californias que ellos dicen y donde se ve tanta alegría y buen humor, ha tenido el gobierno que hipotecar los azogues á la casa de Rostchild y Baring para poder pagar el último semestre de la deuda del Estado; y que en esta Icaria, donde parece que todo el mundo es feliz, nos espera por remate de Carnaval un presupuesto de cerca de 1400 millones, incluyendo, como dice el ministro, los gastos reproductivos. Y guárdate igualmente de decirles, PELEGRIN, que en este pais de cucaña, donde todo parece respirar abundancia y ventura, apenas pasa dia sin que el Diario oficial nos anuncie la quiebra de alguna casa fuerte de comercio, ó la liquidacion de alguna sociedad mercantil, ó la bancarrota de algun Banco, ó el embargo de algun depósito industrial, ó la fuga de algun cajero con los caudales que le estaban confiados, ó la suspension de pagos de algun capitalista, cada uno de cuyos casos significa y lleva consigo la ruina de multitud de familias. Pero nada de esto debes revelar á los estrangeros, porque son interioridades domésticas que deben quedar reservadas para nosotros.

—Asi lo hare, señor, respondió TIRABEQUE; sino que las verdades que hasta ahora he dicho se me vinieron á la boca sin poderlo remediar, y se me escaparon de ella sin poderlas contener.

—Mas dado que todo eso sea cierto, continuó uno de los estrangeros, bien puede entregarse todo entero al divertimento y á la danza un pueblo en que reina la mayor paz y concordia, cuando *de toutes parts l'Europe se déchire*: y razon tiene Mad. de Fereal en esclamar en su magnífica Oda á la España:

¡*Espagne genereuse!* ¡*Espagne fraternelle!*

—Pues mire vd., Monsiur, replicó TIRABEQUE, en esta España generosa y fraternal tenemos una guerra que tambien nos *déchire*, ó nos *desgarra*, que decimos en español, y nos duele ya el alma de leer todos los dias en los periódicos que ha habido tantos muertos, y tantos heridos, y tantos prisioneros,

y tantos fusilados, y todos españoles, y esto, como he dicho, todos los dias, amen de los que se matan ó se fusilan á la menuda y sin que se escriba de ello.»

Lancé yo FR. GERUNDIO una mirada torva y espresiva á TIRABEQUE, y penetrando él la reprension que aquella mirada envolvía de haber vuelto á incurrir en su anterior flaqueza, trató de enmendarlo diciendo:

—«Pero todo esto, Monsiures mios, no merece la pena, porque en todo lo demas hay la mayor fraternidad y concordia, y aunque la mayoría moderada de los diputados está dividida, y la minoría progresista tambien, aqui en las máscaras todos estamos unidos, y todos somos hermanos, y todo el mundo baila y se divierte hasta que nopuedemas, y viva la Pepa.

—¿Quién es la Pepa? preguntó uno de los estrangeros.

—La Pepa, respondió TIRABEQUE, es una muchacha alegrota y juguetona, que no piensa mas que en danzar y en vivir alegremente. Pero hoy todas son Pepas en Madrid, ó por mejor decir, Madrid entero es hoy un «viva la Pepa.»

Reíanse los estrangeros de las esplicaciones de TIRABEQUE, aunque sospecho que no las comprenderian muy bien. Ibamos ya todos andando, si andar puede llamarse el avanzar, no *motu proprio*, sino á impulso de los empellones de la *turba multa* de máscaras, y de la *turba plurima* de curiosos y espectadores. Oyóse en esto una voz de: «la Reina.» «*C'est la Reine, c'est la Reine*» decian nuestros estrangeros.

—«Si señores, les dije yo FR. GERUNDIO: es la Reina; y ahí tienen vds. á la Reina de España, que viene todas las tardes en carretela descubierta y acompañada de una sola dama, y sin guardias ni escolta de ningun género, á presenciar cómo su pueblo se entrega de lleno á las diversiones del Carnaval: véanla vds. paseando entre multitud de enmascarados, sin que ni á S. M. la guarden ni á los enmascarados los vigile un solo destacamento de tropa, ni siquiera una seccion de policia, teniendo, y bien puede tenerla, tal confianza en el amor y en la sensatez de su pueblo, que á nadie le ocurre el pensamiento de que necesite ni de mas defensa ni de mas precauciones. Y lo mismo es ahora, que todavía nos alumbrá el sol, que cuando S. M. suele retirarse, que es ya entrada la noche.

—Repáren vds. bien en esto, señores monsiures, añadió TIRABEQUE, y piénsenlo bien: que cuando la Francia ha arrojado un rey que tenia, y que apenas era dueño de salir á la calle sin temor de que le soplaran una rociada de balas, y cuando

el Papa ha tenido que salir disfrazado de Roma y casi de máscara para que no le conocieran, y cuando el Emperador de Austria tuvo que huir dos ó tres veces de Viena, por temor de que sus súbditos le obsequiaran de una manera que no le hacia gracia, hasta que le pareció mas prudente retirarse con sus honores, y cuando el Gran Duque de Toscana ha tenido que largarse de Florencia antes del Carnaval, la Reina de España se pasea muy tranquila y muy segura en medio de un pueblo que parece que se ha vuelto loco, pero este pueblo loco tiene mas juicio que todos vds., y ahora digan vds. que los españoles somos bárbaros.

—¡Oh! eso es admirable, decia uno de los franceses

—*Il faut le voir pour le croire*, decia el otro.

—Pues ahí lo están Vds. viendo, repuso TIRABEQUE de consiguiente vayan Vds. con el cuento á su tierra, y si no tenemos el oro de las Californias, nos divertimos mas que si le tuviéramos, y si no somos felices, parece que lo somos, y *laus Deo.*»

En esto volvió á pasar la Reina, y como á Luis Felipe solian arrojarle una descarga de plomo cuando salia á paseo, á la Reina de España la arrojaban por galantería rociadas de dulces los enmascarados de otros coches. Iba mi lego á hacer notar á los dos franceses la diferencia de la galantería francesa á la española, cuando una oleada de gente, que introdujo la confusion en nuestra fila, los hizo desaparecer y no volvimos á encontrarlos en toda la tarde. Nosotros proseguimos, ya recibiendo las bromas que las máscaras solian darnos, ya celebrando las que oíamos dar á otros, hasta que llegada la noche se retiró todo el mundo, no á descansar, sino á disponerse para pasarla, ya en los teatros, ya en los salones de baile, ó en unos y otros puntos. Y así el miércoles, y así todos los demas dias que duró la broma, que no fueron pocos.

El pueblo pues, se divirtió, no á sus anchas, sino á sus estrechas, porque todo venia estrecho: pero el pueblo bailó, el pueblo gozó, el pueblo se desató; Madrid estuvo convertido por cerca de un mes en un calaverilla de diez y ocho años. El *Heraldo* y demas diarios ministeriales dicen que esto significa que la España está tan bien gobernada, y rebosa tanto en bienestar y ventura, que ni tiene nada que apetecer ni le resta mas que saltar y brincar. El *Clamor* y los otros dicen, por el contrario, que son tantos y tan graves los males que aquejan á la pobre España, que aburrida y agoviada, y como de-

sesperada, ha tenido que echarse á danzar por unos días para no morir de murria y de hipocondría. El *Católico* llora á lágrima viva porque en el Miércoles de ceniza y en otros santos días de Cuaresma haya proseguido la misma broma y el mismo bailotéo que en el Carnaval, y dice que estamos provocando la ira de Dios con nuestros locos devanéos.

Lo que creo yo FR. GERUNDIO, es que en esta especie de locura ha tenido mucha parte la influencia atmosférica; esta primavera anticipada que hemos pasado; esta sequía y este calor extemporáneo, que ha convertido los meses de enero y febrero, de *nivoso* y *pluvioso* que debían ser, en *prairial* y *messidor*, ó sea en mayo y junio: y que así como nos ha traído el desarrollo de la viruela, ha hecho también desarrollarse la epidemia de la *danzo-manía*, que al fin es preferible al cólera, si este señor ó señora no viene detrás á curar la manía de la danza. De todos modos, el pueblo se ha divertido, y si bien podemos decir como Jules Janin hablando del Carnaval de Venecia: «*C' était un miserable spectacle. celui de toute une ville, qui a entrepris en grand la débauche et le jeu:* era un miserable espectáculo el de una gran capital que emprendió en grande la vida del hombre malo,» póngase vd. á llorar males y á indicar remedios en un auditorio como el de Madrid que se echa á rienda suelta á la *vita bona*, y que semejante á la Roma de los antiguos tiempos estaba viendo disolverse el imperio y caerse á pedazos, y entonces fué cuando le entró el furor por los espectáculos, por el circo y por las luchas de los gladiadores. El Señor tenga piedad de nosotros, como dice el *Católico*.

POR POSDATA LA PIÑATA.

Ya escampa y llovia á cántaros. Cuando se creía que todo el mundo estaría descansando de las fatigas pasadas, y que Madrid necesitaria por lo menos algunas semanas de reposo y de sueño para reponerse, se descuelga el acostumbrado apéndice del Carnaval, la PIÑATA, y como si lo cogiera á deseo, volvió Madrid á entregarse á la danza y á la broma con igual ó mayor furia que antes, y como si no lo hubiera probado. Anda; y que le vengan á este pueblo con repúblicas, y con

socialismos, y con Montemolines. Dénle carnavales y piñatas, déjenle danzar, y tan contento. Todo consiste en que llegue á figurarse que es feliz, que como él lo crea acabará por serlo, pues en este mundo nadie es mas feliz que el que cree que lo es, ó que goza como si lo fuera.

CRIA CUERVOS

Y SACARTE HAN LOS OJOS.

Haciéndose cruces entró TIRABEQUE en mi celda, y sin hablar unapalabra continuaba santiguándose. «¿Qué es eso, PELEGRIN? le pregunté: ¿qué has visto para que así tan aprisa te santigües?

—Señor, me respondió, no lo estrañe vd.; mas cruces llevo hechas desde la frente al pecho y desde el hombro izquierdo hasta el derecho de este mi propio individual cuerpo y persona, que las que ha repartido el gobierno desde el año 45 acá; vea vd. si llevaré hechas cruces. Y todavía no he acabado. Porque si lo hubiera soñado yo hace algunos años, y aun mas recientemente, hubiera dicho: «Jesus, Maria y José, y que cosas tan estravagantes y tan raras sueñan los hombres!» Y lo que entonces en sueños se me hubiera antojado un delirio, ahora lo estamos viendo, no en sueños, sino en realidad. Con que ya ve vd. si tengo causa y razon para santiguarme.

—¿Y qué cosa es esa tan estraña y tan sorprendente que aun soñada te hubiera parecido un delirio?

—Supóngase vd., mi amo, y lo que voy á decir no es mas que un ejemplo; supóngase vd. que una noche soñara yo que en España teníamos un gobierno como el que habíamos menester, y con el cual estuviéramos todos tan contentos y satisfechos que no hubiera mas que pedir, en una palabra, un go-

bierno tan bueno como lo es para el *Heraldo* el que hoy nos rige, y que á todos nos hiciera *Heraldos* porque no tuviéramos sino alabanzas que darle, ¿no diría vd. que habia soñado un imposible?

—Iba á decirte que pusieras el correctivo del *cuasi*, pero bien puede pasar así.

—Pues señor, tan imposible como esto me parecería á mí lo que estamos viendo ahora, si lo hubiera soñado. Señor, ¡república en Roma en el año de gracia de 1849! ¿Lo hubiéramos podido imaginar ni aun en sueños? Y si lo hubiéramos soñado, ¿no hubiéramos dicho «¡Jesus ave María Purísima, y que cosas tan extravagantes y tan raras sueñan los hombres!» Ahora dígame vd. si no tengo causa y motivo para hacerme cruces. ¿Y vd. no se las hace también, mi amo?

—Yo ya no me hago cruces de nada, PELEGRIN; porque tanto se van multiplicando los fenómenos, que ya me voy familiarizando con ellos, y solo me causan la estrañeza de la novedad, pero no la sorpresa de lo inesperado. Aunque de las cosas y sucesos que han podido causarme asombro, por ser de aquellos que no podían entrar en la prevision humana, confiéste que ha habido dos que me han sorprendido. El uno, el de un Papa que espontáneamente y *motu proprio* se declaró partidario de las reformas políticas en sentido liberal, dotó á su pueblo de instituciones análogas á las de otras naciones libres, y levantó su sagrada voz para enseñar y predicar al mundo, que la libertad política no era incompatible, antes debia ser la mayor amiga y hermana de la doctrina del Evangelio, como él unia la virtud religiosa á las virtudes políticas; el otro es el de un pueblo que despues de obtener tan inesperados beneficios del único Pontífice liberal que en muchos siglos habia conocido el mundo católico, y que como tú dices, ni aun en sueños hubieran podido los romanos imaginar que le tendrían, le pone primero en el duro trance de abandonar su grey, y poco tiempo despues le despoja del poder temporal y se constituye en república democrática, y derriba hasta los

escudos de armas que simbolizaban el gobierno de aquel Pontífice á quien debian sus libertades, y á quien un año hace con tanto entusiasmo y hasta con tanta locura aclamaba.

—Bien dice aquel refran, señor mi amo; «cria cuervos y te sacarán los ojos.» Y esto mismo que le ha sucedido á Pio IX, le ha pasado tambien al Gran Duque de Toscana, que si mal no me acuerdo fué el primero que siguió el camino señalado por el Papa, y dió una constitucion á su pueblo antes que se la pidiera; y de este Duque dicen todos generalmente que era un príncipe bonachon y humano hasta mas no poder. Pero tambien crió cuervos, y tambien le han sacado los ojos, y ha tenido que huir como el Santo Padre, y gracias que los ingleses le hicieron la caridad de enviarle un *puerco-espin* (1) que le protegiera en su fuga.

—Todo eso es verdad, PELEGRIN, y convengo contigo en que asi la Toscana como Roma han correspondido con ingratitud á los dos príncipes que espontáneamente y cuando ellas menos podian esperarlo, les otorgaron esas libertades que tan adelante han querido llevar despues. Pero tambien es cierto que todos los pueblos tienen el derecho de constituirse como mejor les parezca, y en este sentido Roma no ha hecho sino usar de su derecho constituyéndose en república, que será la forma de gobierno que le haya parecido mas conveniente.

—No negaré yo el derecho, mi amo, pero en cuanto al uso paréceme que bien pudiera haberle reservado para mejor ocasion, y no que mañana dirá la historia: «por espacio de mil «y no sé cuantos años sufrió Roma sin chistar ni cespitar el «gobierno absoluto de los Papas, y húbolos entre ellos que en «esto de absolutismo podian arder en un candil, y Roma ca- «llaba á todo como una mansa cordera. Pero al cabo de mil y «qué sé yo que tantos años vino un Papa que quiso librarla de «aquella miserable esclavitud en que gemia, y con este buen

(1) Es la traduccion española hecha por TIRABEQUE del nombre del buque inglés en que se refugió el Gran Duque Leopoldo.

«Papa fué con el que se estrelló precisamente aquella Roma que por tantos siglos habia estado con la boca cerrada sin atreverse á rechistar; y la que se habia arrodillado siempre silenciosa y humilde delante de quinientos pontífices absolutos, se ensobrevació como una leona con el único Papa liberal que tuvo, y le despojó de sus poderes, y en lugar de las llaves de San Pedro enarboló la bandera tricolor y el gorro colorado.» ¿No le parece á vd., mi amo, que quedará honrada Roma cuando la historia cuente esto de ella?

—Mira, PELEGRIN, esa nota de ingratitud que á Roma se le echa en cara podrá borrarla con las nuevas glorias que acaso sabrá adquirir se la moderna república. Porque ¿quién sabe si estará llamada á resucitar las glorias de aquellos tiempos en que la república romana se hizo la madre y la señora del mundo? ¿Quién sabe si volveremos á ver en nuestros dias los Catones, los Varrones, los Escipiones, los Cicerones, y todos aquellos famosos é ilustres varones republicanos que fueron el asombro del orbe, y cuya fama durará por los siglos de los siglos?

—Señor, mucho lo dudo, porque los *hombres* de la antigua república todos parece que eran *ones*, y los de la república nueva todos son *inis*: y si entonces habia Cartones, Borriones, Escorpiones y Cicerones, ahora no veo mas que Sterbinis, Maninis, Armellinis y Picolominis; todos *mininis*; ó cuando mas algunos *inos*, y algunos *ellis* ó *illis*, como *busilis* y *pililis*; y dudo yo mucho que estos *ilis* y estos *inis* se conviertan ya en *ones*, que eran nombres que llenaban la boca al modo que los que los que tenian llenaban el mundo con sus grandes hechos. Y ahora dígame vd., mi amo, si eso de la república romana será cosa duradera, ó si piensan intervenir las potencias para reponer al Papa y volver las cosas al ser y estado que tenian antes.

—De eso parece que se trata, PELEGRIN, y aun asegúrase que el mismo rey de Cerdeña Carlos Alberto, tu amigo, está de acuerdo con el de Nápoles para intervenir en favor del

Papa y contra la república; y no lo estrañaré por aquello de: «cuando la barba de tu vecino veas pelar.» Y es muy natural que antes de echar en remojo la suya quiera él hacer la barba á los republicanos de Roma. Por de contado su primer ministro el abate Gioberti, aquel Gioberti que parecia ser el *non-plus ultra* de los liberales exaltados del Piamonte, ya se ha pronunciado abiertamente en contra de la república romana, y declarádose defensor de la monarquía constitucional. De modo, PELEGRIN, que ahora Gioberti parece retrógrado, como lo parece el mismo Mamiani en Roma, y asi las revoluciones van dejando atrás á los mismos que con mas calor las promueven, cuando no aciertan á detenerlas en su carrera.

—Y diga V., mi amo; ¿la Francia intervendrá tambien?

—Asi lo aseguran, PELEGRIN, aunque yo no saldré garante de ello, porque no puedo estar en los secretos y en los planes de los gabinetes.

—Señor, si la Francia interviniera, querría merecer de vd. que me diera licencia para ir á Roma.

—¿Y á qué habias de ir tú, pobre mentecato, ni qué papel habias de representar alli?

—Papel ninguno, Señor, pero desearia ir en un buque francés, nada mas que por tener el gusto de ver á unos republicanos pelear con otros republicanos. Mucha gracia me habia de hacer el oír á los romanos gritar: *¡viva la república!* y á los franceses gritar tambien: *¡viva la república!* y en seguida emprender á tiros y á cañonazos unos con otros. Los italianos dirian: *¡viva la república romana!* y contestarian los franceses: *¡viva la república francesa y muera la romana!* Y dirian los romanos: «¿por qué nos atacais, si nosotros queremos y defendemos lo mismo que teneis y defendeis vosotros?» Y dirian los franceses: «haz lo que te mando y no hagas lo que yo hago.» Y serán muy capaces los republicanos de Francia, de esa nacion que iba á dar la libertad al mundo, de ir á quitar una república como la suya, y á poner el despotismo en lugar de la república. ¡Y no querrá vd. luego que me santigüe, mi amo,

al ver las cosas que pasan en nuestros dias! ¿Hubiera vd. podido soñar hace hoy un año justo, que la república francesa habia de contribuir á quitar las repúblicas de otras partes?

—Asi es la verdad, PELEGRIN, pero á eso te dicen que la cuestion de Roma es una cuestion escepcional, y que el mundo católico no puede consentir que el gefe de la iglesia deje de ser al mismo tiempo un soberano libre é independiente en lo temporal.

—Y diga vd., mi amo, ¿tienen derecho, ó no tienen derecho las potencias para quitar por fuerza á Roma el gobierno que se ha dado, y para imponerle el que á ellas mas les acomode?

—Cuestion es esa, PELEGRIN, que no me atreveré yo á resolver ahora, por las circunstancias particulares con que está complicada. Pero lo que puedo asegurarte desde luego, es que se resolverá como se resuelven todas en el dia, no por el derecho, sino por la conveniencia que les tenga á las naciones que en ella tomen parte, y segun la fuerza material con que cuenten.

—Pues quiera Dios, mi amo, que se resuelva pronto y de la manera que resulte mas gloria á Dios y mayor provecho al mundo, y que las conferencias de Gaeta vayan mas de prisa que las de Bruselas, porque de otro modo vendrá la piñata del año que viene, y tendremos rifas y bailes en Madrid, república en Roma, y conferencias en Gaeta.»

Y volvió TIRABEQUE á hacerse cruces y á exclamar: «bendito sea el que todo lo ha criado! ¡República en Roma en el año de gracia de 1849! Vaya, ni soñado.» Y salió diciendo: «buena va la cosa: cria cuervos y te sacarán los ojos.»

De lo que inferí que á pesar de la variacion de conducta de Pio IX, TIRABEQUE continuaba tan apasionado suyo como en el principio. No lo estraño, á un lego religioso no le toca otra cosa.

CARTA ATENTA.

Hace tres dias tuve el gusto de recibir la siguiente atenta carta, que á la letra decia asi : «REVERENDISIMO P. FR. GERON-
DIO.—Muy señor mio : me tomo la confianza de pasar á manos de vd. un ejemplar de la *Gaceta* de hoy , en que hallará el Real Decreto por el cual S. M. me autoriza para presentar á las Córtes los presupuestos que han de regir en el presente año de 1849 , junto con *mi* esposicion á las Córtes, y el proyecto de ley, seguido de un extracto de los presupuestos de gastos é ingresos ; todo lo cual espero se servirá vd. examinar con la imparcialidad que acostumbra en union con su lego TIRABEQUE, y emitir su desapasionado dictámen, que tendrá la bondad de comunicarme para *mi* gobierno.....»

Ya el *me* y el *mi* de la carta *me* tenian á *mi* demasiado impaciente por ver quien era el que la suscribia, no atreviéndome á creer lo mismo que fundadamente el *me* y el *mi* me hacian sospechar. Volví pues apresuradamente la hoja, y ví que al reverso decia : Suyo atento y S. S. Q. S. M. B.—*Alejandro Mon.*»

Confieso que no acababa de admirarme la atencion y fineza del hermano Mon, y yo que habia dicho á TIRABEQUE que ya no me hacía cruces de nada de cuanto viera en este mundo, me hice involuntariamente algunas, sorprendido mas de la carta de Mon que de la proclamacion de la república en Roma. Pero constituido ya el compromiso moral de examinar los presupuestos , repasé la *Gaceta* con alguna mas detencion, que acaso sin aquella invitacion lo hubiera hecho, y en seguida llamé á TIRABEQUE para que me ayudára en mi tarea. Cuando enseñé á PELEGRIN la carta de que llevo hecho mérito dudó un momento asi de mi sinceridad como de la autenticidad del escrito, mucho mas no conociendo él, como no conocia, la firma manuscrita del hermano Mon. Mas luego que le convencí de que era autógrafa, esclamó : «Señor , este es el siglo de los fenómenos y de las cosas raras. Y eso lo hace sin duda el hermano Mon por la seguridad que tendrá de que no ha de hallar vd. nada que no sea muy justo y equitativo, como quien dice: «ahí te va eso, á ver si encuentras donde hincarlo el diente.»

—Eso debe ser, PELEGRIN, y ahora lo veremos. Y lo que pa-

ra mi prueba mas su confiaza es que no teme tampoco tu dictámen, toda vez que espresa que los examine en union contigo.»

PROCEDEN FR. GERUNDIO Y TIRABEQUE

A CUMPLIR CON EL COMPROMISO QUE LES FUE IMPUESTO.

PARTE I.

EL PROYECTO DE LEY.

—«El presupuesto de gastos para este año, PELEGRIN, se divide en dos, presupuesto ordinario y presupuesto estraordinario.

—Señor, ya esa division empieza á reventarme, y vd. perdone; puesto que si todo se ha de pagar, eso se me dá que se pague por el ordinario que por el estraordinario; y aun podria estar en su lugar si los presupuestos ordinarios rigieran para muchos años seguidos, y solo en este hubiera algo estraordinario que pagar; pero una vez que cada presupuesto no rige mas que un año, escusada era esa division; sino que asi creerá el hermano Mon dorar mas la pildora y que se tragará mas suavemente, porque dirá que mejor se traga una pildora partida en dos pedazos que no entera, pero el resultado es que todo tiene que colar por el garguero. Y ahora veamos á cuanto ascienden el ordinario y el estraordinario, juntos ó aparte, que tanto monta y monta tanto, como decian los estandartes de los reyes Católicos.

—Veo, PELEGRIN, que empiezas á corresponder con mucha severidad y dureza á la atenta invitacion que se nos ha hecho: pero confio en que ya te irás templando. El presupuesto ordinario de gastos se fija en 1,088.555,083 rs., y el estraordinario en 138.356,494, que juntos forman un total de 1,226.918,577 rs. vn., en cuya cantidad se calcula tambien el de ingresos, con el sobrante de unos 56,000 rs. y pico, no incluyendo los gastos que llaman reproductivos, los cuales se computan en poco mas de 445 millones, y con los que asciende el presupuesto á 1,372.177,674 rs. Ya ves, PELEGRIN, que de esto á los 1,500 millones á que se decia iba á subir el presupuesto de este año no deja de haber alguna diferencia. Y acaso por haberlo dicho asi nosotros en alguna ocasion es por lo que el hermano Mon me ha dirigido la carta que has visto,

como quien dice : «ahí va un mentis á los falsos rumores que corrian. »

—Ande vd., Señor, que aun asi y todo no es mal *réspice* el que el Doctor Mon echa á los pueblos para su restablecimiento y alivio.

—*Récipe* querrás decir, que no *réspice*.

—*Récipe* ó *réspice*, que de cualquier modo que sea, no es mala la receta que les va sobre su alma. Y veamos cómo se distribuyen estos medicamentos.

—Por el art. 5.º, PELEGRIN, se fija la contribucion de inmuebles, cultivo y ganadería por este año en 300 millones de reales, es decir, 50 millones mas que el año pasado.

—Que me place, señor; y que digan ahora que Mon no es progresista siendo asi que del año pasado acá ha progresado 50 millones. ¿Y á cómo corresponderá esta contribucioncilla, mi amo?

—Eso es lo que yo no te sabré decir, ni el hermano Mon tampoco, ni tiene doctores la santa madre iglesia que te sepan responder. Porque el mismo Mon, en el preámbulo ó exposicion á las Córtes, dice hablando de esta contribucion con un candor angelical que le honra : «*la falta absoluta de datos para los repartimientos desde el general hasta los individuales, y las desigualdades que en ellos se cometieron en el primer momento, obligaron al Ministro que suscribe á proponer en el año de 1846 la rebaja de 50 millones de rs., dejándola reducida á la cantidad de 250 millones. No se han hecho grandes adelantos en la estadística del pais; forzoso es, aunque triste, el confesarlo.*» Lo cual interpretan los doctos, que estamos hoy tan á ciegas como el primer dia. Pero él dice que está firmemente resuelto el gobierno á que los cupos por esta contribucion no excedan del 12 por 100. Mas como hay una *falta absoluta de datos*, podrá resultar que si se impone por ejemplo el 8, no se cobren mas que 225 millones en lugar de los 300, y si se impone el 12, acaso en vez de los 300 millones se paguen 340. De manera que aunque se piden 300, en realidad de verdad se pide *lo que salga*, y no se sabe lo que se pide, y le coge de medio á medio el *nescitis quid petatis*.

—Señor, petate ó no petate, él pide á ojo de buen cubero, y hace bien, que 50 ó 60 millones mas ó menos no merecen la pena de que ningun hombre de bien se devane los sesos sobre si toca á tanto ó toca á cuanto.

—A esto has de agregar, PELEGRIN, el 4 por 100 que sobre

las cuotas se exigirá, según el art. 6.º, á los contribuyentes, por gastos de recaudación, que importa la suma de 12 millones; de forma que para los contribuyentes no son los 300 millones que suenan, sino 312, que agregados al presupuesto general, le hace subir á 1239 millones en lugar de los 1227 menos pico que figuran. Pero estos 12 millones no se espresan abajo en la recapitulación de los presupuestos.

—¿Y para qué se hande espresar, señor? Lo que al hermano Mon le importa no es que se espresen, sino que se paguen. Y así podrá decir como el otro: «me riñe mi padre por lo que hablo, pero si él supiera lo que hago callando.....!» Y prosiga vd., mi amo, que parece que se va animando la cosa.

—Pues bien, ¿te acuerdas que cuando se exigió el anticipo de los 100 millones allá por junio del año pasado, se ofreció en el decreto que empezarian á reintegrarse y á admitirse los billetes en pago de contribuciones desde 1.º de agosto de este año?

—Y tanto que me acuerdo, señor; tengo yo mas memoria para estas cosas que un memorialista. Por mas señas que salió el decreto el santo dia del Corpus Christi, y que cantamos nosotros el *Salmo de las medidas*, y que en los versículos dijo vd.: «Y vió FR. GERUNDIO que serian admisibles los billetes del Tesoro en pago de contribuciones desde agosto de 1849.—Y dijo »FR. GERUNDIO: bien está esta ropilla, si no se descose antes «el sastrero que la cosió (1).»

—De alabar es tu memoria, PELEGRIN. Pues bien: el sastrero de la ropilla de los 100 millones, que era el hermano Orlando, se descosió en efecto, y le reemplazó el maestro Mon. Y dice el maestro Mon en el art. 7.º: de aquellos 100 millones dichosos solo se reintegrará en agosto *una cuarta parte*, y el resto (el resto, PELEGRIN, y son *las tres cuartas partes*) se reembolsará por partes iguales en los cuatro semestres sucesivos, que finalizarán allá en agosto de 1851, es decir, dos años mas tarde de lo que se contaba.

—Señor, para entonces ya habrán madurado las brevas. Y concócese que el hombre ha tratado de estirar la cosa como quien estira un alambre retorcido, ó un hilo de goma elástica: porque eso de dividir las tres cuartas partes que quedan, no en tres plazos, que parecia ser lo mas natural y sencillo, sino

(1) REVISTA, tomo I, pág. 246.

en cuatro, por las cinco suelas de mi zapato que eso ya es mucho estirar. A fé que si á él le estiraran asi las narices, de modo que de tres cuartas partes le hicieran cuatro, no le quedaria mucho humor para decretar tales estirones.

—No consiste en eso solo, PELEGRIN, sino que un ministro que se llamaba Orlando, ofreció solemnemente que el reintegro se haria desde 4.º de agosto, sin señalamiento ni division alguna de plazos. En esta inteligencia estaba ya todo el mundo, y esperaba muy fundadamente cada cual indemnizarse de su anticipo en uno, ó cuando mas en dos plazos. Viene otro ministro que se llama Mon, dá un torniquete á lo que dispuso Orlando, apaga de un soplo las esperanzas de los contribuyentes, y de esta manera, sobre faltar á la justicia, se acostumbran los pueblos á mirar como una chalanería las ofertas y palabras mas solemnes de los ministros, porque ven que ni Mon respeta lo que hizo Orlando, ni otro que venga respetará lo que ha hecho Mon, y asi pierde su prestigio el gobierno, y nadie se atreve á fiarle un quilate.

Y si alguna duda de esto nos quedára, bastaria para disiparla completamente el art. 8.º Por él se dispone que no se abonarán mas años de servicio para las clasificaciones de cesantías y jubilaciones de que trata la ley de presupuestos de 1835, *que los que real y efectivamente se han adquirido desempeñando algun empleo de nombramiento real ó de las Cortes y con sueldo.* Y aqui tienes, PELEGRIN amigo, que de una plumada pretende el hermano Mon hacer que desaparezcan derechos adquiridos en virtud de aquella ley, y de los cuales están muchos en pacífica posesion hace 18 años: por esta disposicion se dá como no existente el abono que por aquella ley se concedió á los empleados de los *diez años de emigracion* del tiempo del absolutismo, asi como el que se hizo á otros por servicios hechos á la nacion en la guerra de la independencia. Quedan, pues, borrados por el hermano Mon diez años de la hoja de servicios de multitud de jubilados y cesantes, abonados por una ley hecha en Cortes. En cuya virtud ordena en el art. 14 que se proceda á *una nueva clasificacion de todos los cesantes y jubilados que cobren sus haberes en España ó en Ultramar.* Que ya tiene en que entretenerse un rato el Consejo Real, á quien encomienda esta sencilla tarea. Y que nos vengan ahora con aquello de que si las leyes pueden ó no pueden tener efecto retroactivo. Que le entren al hermano Mon con estos escrúpulos.

Pero lo mas chistoso de todo esto, PELEGRIN, es que entre los artículos de la ley de 1835 que suprime, ha quedado en pie uno solo, que es el 22, el cual dice: «A los secretarios del Despacho y consejeros de Estado que hayan desempeñado estos destinos en propiedad, se les abonará el sueldo de 30,000 reales sin sujecion á años de servicio.» Este articulito, que sin duda se le pasó en claro al autor de los presupuestos por alguna distraccion, acaso porque le picó alguna pulga, como aquel que se estaba confesando, y habiéndole picado una pulga al confesor que le obligó á suspender por un momento la atencion al relato que el penitente le hacia, preguntó luego: «¿á qué mandamiento íbamos?» y respondió el penitente: «al sétimo,» y se pasó en claro el sexto, que era en el que mas tenia que desembuchar: digo que sin duda por alguna distraccion semejante, se le pasó en claro al hermano Mon este articulito, que ha quedado en pie, y es un magnífico testimonio de que respecto al turron que á él le toca, no admite de manera alguna que las leyes puedan tener efecto retroactivo.

—Señor, me dijo PELEGRIN, coja vd. una pluma, la mas bien cortada que vd. tenga, y vaya vd. escribiendo, que yo dictaré. «Señor don Alejandro Mon: en contestacion á su muy apreciable debo decirle primeramente, que me parece que vd. seria un magnífico ministro de Hacienda allá para las Californias, donde dicen que se está sacando el oro á espuestas y aun á carros. Y vd. debe haberse llegado á figurar que cada español tiene dentro de su casa una California, y á mas á mas una casa de moneda, porque de otro modo no se nos descoldgaria vd. pidiendo tantas millonadas; y ha de saber vd., que á los españoles, como á todos los hijos de Eva que no sean ministros ó cosa equivalente, les cuesta muchas gotas de sudor el ganarse el pan nuestro de cada dia. Paréceme ademas muy mal que se nos venga vd. con carocas, diciendo que una contribucion no pasará del 12, cuando á renglon seguido la hace vd. subir al 16, que aunque los 4 sean para gastos, del cuero tienen que salir las correas, y seméjaseme vd. con sus ordinarios y sus extraordinarios, sus reproductivos y sus gastos de recaudacion, á aquel estudiante que queriendo sacar á su padre 21 rs. para comprar un libro que costaba 7, le escribia diciendo:

Marco Tulio Ciceron
tres libros son,
á siete reales cada uno,
componen veintiuno.

¿Y le parece á vd. que á los pobres que estaban aguardando el agosto de 49 como el santo advenimiento para reembolsarse del anticipo de los 100 millones, les hará buen estómago esperar el agosto de 51, porque el señor Mon así lo quiere y ordena? Si á vd. le tuvieran sin comer pan á manteles todo ese tiempo, ya se daría vd. mas prisa á acortar los plazos. Pero en lo que veo que ha obrado vd. con mas *monada*, es en eso de haber dejado los 30,000 de cesantía á los ministros *sin sujecion á años de servicio*, al mismo tiempo que quita á otros pobres los diez años que, segun dice mi amó, les estaban abonados por una ley. Si vd. no tuviera tan mal genio, le diría que se me parecia vd. á un perro que teníamos en mi convento, que lo mismo era entrar en la portería un pobre ciudadano mal perjeñado, con la chaqueta remendada, ó la capa corcosida, ó las polainas viejas. se abalanzaba á él como lo que era, como un perro, y le acababa de hacer girones su pobre vestimenta, y no solian salir muy bien libradas las carnes; pero si el que entraba iba bien portado y llevaba humos de rico, el maldito del perro no solamente no se metía con él, sino que solia acariciarle y hasta lamerle. Y así, ni mas ni menos hace vd., acariciando y lamiendo á los de los 30,000 del pico, y acabando de hacer girones á los que con un remiendo de aqui y otro de allá habian podido hacerse una pobre capa. ¿Y le parece á vd. que no hay otra cosa que hacer en España sino estar todos los dias clasificando empleados? Si me encargáran á mí clasificar ministros.....

—Mira, PELEGRIN, no prosigas, porque esa carta no puede ir de manera alguna, y no consentiria yo nunca que en esos términos escribieras á un ministro. Así, pues, témplate un poco, y ten calma; cuanto mas que hasta ahora no hemos examinado, y esto muy rápidamente, sino la primera parte de los presupuestos, y faltannos otras que examinar.

PARTE II.

RECAPITULACION DE LOS GASTOS.

Los gastos los ha reducido el gobierno á tantos capítulos como son los artículos de la fé, que si no han menguado mucho en estos tiempos, son 14. Fuíselos leyendo á TIRABEQUE uno por uno, comenzando, como el órden lo exigia, por el 1.º que dice :

4.º *Dotacion de la Casa Real.* 45.900,000 rs.

Quedóse PELEGRIN un tanto pensativo. «¿En qué piensas? le dije: ¿es que te parece mucho?»— Quiá, no señor, me respondió: antes me parece una bicoca. En fin, si así no fuera, ¿cómo se había de poder.....? En fin, no digo nada, y siga vd., mi amo, que esta partida es corriente.

2.º *Cuerpos Colegisladores.* 4.218,330.

—Señor, para dos cuerpos que suelen estar muertos los nueve ó diez meses del año, no me parece escasa la racion que consumen.

3.º *Sueldos y gastos del ministerio de Estado.* 41.343,840.

4.º *Id del de Gracia y Justicia.* 18.613,955.

—Si la justicia se administrára bien, no la encontraria cara. El único escozor que me queda es que tras de costarnos 18 millones y medio largos, ande acaso la justicia mas torcida que si nos la dieran de valde.

— Pues escucha ahora, PELEGRIN, y tente firme en esa silla, y agárrate bien no te caigas.

5.º *Id del de la Guerra.* 300.000,000.

A pesar de mi advertencia, dió TIRABEQUE un respingo que silla y él rodaron al suelo, rompiéndose una costilla de aquella, y gracias que no se le rompió tambien alguna á mi lego, lo cual no hubiera sido estraño, porque un presupuesto de guerra de 300 millones es capaz de quebrantar las costillas, no digo de una silla de anea, y de un TIRABEQUE de carne y hueso, sino las costillas de una nacion. Acudí á darle la mano para levantarle del suelo; mas cuando le tenia ya en posicion casi supina, «arriba, PELEGRIN, le dije, y ámate, que no son solos los 300 millones, sino cerca de otros 43 mas por via de estraordinario.» En momento bien desgraciado se lo dije, porque se me volvió á caer, faltando poco para que me arrastrára tras de sí, y quedóseme tan descolorido que temí le diera algun soponcio.

Ciertamente que un presupuesto de guerra que se absorbe él solo mas de la cuarta parte de todas las rentas y contribuciones del Estado, no es maravilla que trastorné á un lego de carácter pacífico y enemigo de todo lo que huele á guerra. Al fin ya recobrado del primer susto (sin que por eso este le haya salido todavia del cuerpo), se levantó, no sin trabajo, en razon á lo poco que le ayuda al equilibrio su pata coja, y pudimos proseguir nuestro exámen.

6.º *Id. del de Marina.* 69.565,714.

7.º <i>Id. del de Gobernacion</i>	47.789,367.
Y de extraordinario	3.000,000.
8.º <i>Id. del de Comercio, Instruccion y Obras públicas</i>	60.447,032.
9.º <i>Id. del de Hacienda</i>	418.569,628.

—¡Oh! tierra, exclamó aquí PELEGRIN; ¿cómo no te abres y tragas á quien tanto traga? Yo te perdonaria, porque si quien roba á un ladron gana cien dias de perdon, quien tragará á tantos tragadores deberia merecer una indulgencia plenaria.

—Conozco, PELEGRIN, que tu imprecacion es muy fundada, porque bien la merece una nacion que gasta 600 millones en administrar 4,200. Pero reservémoslo para cuando conozcamos el pormenor de los gastos de cada ministerio, que hasta ahora no conocemos sino en globo. Y prosigamos nuestra tarea.

«10. *Haberes de las clases pasivas* 444.696,674

—¿Qué te llama la atencion en esta partida, PELEGRIN?

—Lo que mas me llama la atencion, mi amo, es que no se pagará.

—¡Cómo, hombre! ¿Pues no ves que está en los presupuestos?

—Que está en los presupuestos ya lo veo, mi amo, pero de los presupuestos á los bolsillos de los pasivos tiene mucho camino que andar, y muy peligroso y lleno de tropiezos. En los presupuestos está todos los años, pero como el camino está tan lleno de maleza, sucédele lo que á las ovejas que pastan entre matorrales muy espesos, que la mitad del vellon se les queda entre las zarzas. Y asi bueno será que reduzcamos desde ahora esa partida á la mitad, que lo que se ha de hacer mas tarde mejor es hacerlo desde luego.

—Pues mira: no es eso lo que mas principalmente me llama á mí la atencion. En esa sola línea, PELEGRIN, que no llega á línea entera, en esas cinco palabras seguidas de un guarismo, en ese medio renglon que ves ahí, se encierra y contiene la historia política y administrativa de todos nuestros gobiernos y de todos nuestros ministros de hace 16 años. Esa sola línea es un compendio de sus debilidades y flaquezas, un epítome de nuestra revolucion, un resúmen de los frutos de nuestros cambios políticos, un epílogo de desengaños, un retrato en miniatura de nuestra España, y un sumario de las miserias de los partidos, y de los hombres, asi gobernantes como gobernados.

—Señor, no aleanza mi rústico caletre como tantas y tan

grandes cosas pueden estar encerradas en un rengloncico tan corto.

—Pues fácil es de alcanzar, PELEGRIN. En ese rengloncico tan corto que tú dices, se contiene que hay una nacion en el mundo, única que se encontrará en este caso, que consume en clases pasivas y que no trabajan, mas de 12 millones cada mes, mas de 144 millones al año, 26 millones mas que todos los empleados y que todas las atenciones de la Hacienda, que bendito sea Dios no son pocos ni pocas; se contiene, PELEGRIN, la prisa que se han dado los españoles á emplearse, y los gobiernos á emplear y desemplear; se contiene que ni unos ni otros han pensado mas que en el empleillo; se contiene que todas nuestras revoluciones y todos nuestros trastornos se han reducido al empleo y desempleo; se contiene el ruinoso y miserable sistema de las cesantías; se contiene lo escandalosamente numeroso que debe ser el enjambre de los pasivos, cuando ellos solos consumen casi la mitad de lo que cuesta todo el ejército, incluso el material de guerra y los empleados; se contiene, en fin, un pregon público de lo que es en España la empleo-manía y la desempleo-manía. ¿Alcanzas ahora todo lo que se contiene y encierra en ese corto rengloncillo?

—Y tanto como lo alcanzo, mi amo. Y todo eso que vd. dice es la pura verdad, como en ello se contiene. Y veamos qué mas gastos son los que ocurren »

Pasé de largo por los capítulos 11 y 12 relativos á los *atrasos y cargas de justicia* afectos á las rentas, é importantes ciento y tantos millones, en razon á no espresarse en ellos los créditos de que proceden. Tampoco me detuve en los 100 millones de los intereses de la deuda pública y gastos de sus dependencias, por llegar pronto al último, que es el 14.

—Aqui tienes, PELEGRIN, le dije, *las obligaciones del clero*, inclusas las de las religiosas en clausura, importantes la cantidad de reales vellon 153.636,372.

—Ahí hay un error de cuenta, mi amo, porque la dotacion del culto y clero, segun el proyecto presentado á las Córtes, es de reales vellon 153.511,346.

—En verdad que tienes razon, TIRABEQUE hermano, y siempre resulta una diferencia de reales vellon. 125,026.

Y aunque no es una gran cosa, la cuenta es cuenta, y el ministro que se muestra tan minucioso que en la parte de ingresos no se ha olvidado de poner 1,000 rs. de *licencias para correr la posta*, y 420 de *réditos de la deuda del 3 por 100*

existentes en la pagaduría de marina, bien podia haber reparado en una diferencia de 125,000 y tantos reales.

Pero aqui me ocurren una porcion de dificultades, PELEGRIN, que yo no me sé explicar. Estas obligaciones del clero que importan 153 millones, ¿son las mismas que la dotacion del culto y clero, que asciende á esos mismos 153 millones. ó son otras? Si son las mismas, en ese caso hay que rebajar de aqui 20 millones, que están puestos malamente, porque esos 20 millones deben pagarse de la renta de los bienes devueltos al clero, segun la ley de dotacion, cuya renta no figura en el presupuesto de *ingresos*, ni puede figurar, puesto que esa renta ya no pertenece á la nacion, sino al clero. Y ya ves que 20 millones no son un grano de anís. Si es distinto lo uno de lo otro, las obligaciones de las religiosas, que entran en el presupuesto por la cantidad de 48 millones, ¿están ó no comprendidas en la ley de dotacion, de lo cual no habla la ley una palabra? Y si á lo menos los gastos del culto están comprendidos, ¿ascienden las pensiones del personal de las monjas á 48 millones de rs? Oscuro y confuso está esto, PELEGRIN, como una noche lluviosa de invierno y sin luna, y asi hasta que el hermano Mon nos lo aclare y despeje, me abstengo de emitir sobre ello mi dictámen.

—Pues entonces, mi amo, yo tambien me abstengo. Pero mientras lo aclara ó no lo aclara, ruego al hermano Mon por los clavos de Cristo, si los clavos de Cristo tienen algun valor en el presupuesto de la conciencia del hermano Mon, haga que esos 153 millones del clero y de las monjas no sean una mentira y un pecado gordo contra el octavo mandamiento como hasta aqui; á fin de que con 153 millones *en presupuesto* no volvamos á ver al obispo de Avila teniendo que pedir limosna á sus fieles para mantenerse, y al gobierno no pagándole, y al gefe politico no dejándole pedir, y á él no quedándole mas recurso en esta lucha que morir ó vencer; y al de Palencia debiendo los alimentos; y á dos curas de Sigüenza muriéndose de hambre, que ya se sabe que es la muerte mas pésima; y á treinta curas de Jaen pretendiendo que los dejen ir á los pueblos de su naturaleza para que no les suceda otro tanto; y á las monjas de Santa Catalina de Valencia ahorrándose el trabajo de tocar á refectorio, porque escusado es tocar á comer cuando no hay que yantar, y otras tragedias de este mismo argumento que en todas partes se están representando.

—Eso me parece muy bien, PELEGRIN; y puesto que aqui

termina la receta de los gastos, procedamos ahora al presupuesto de los ingresos.

PARTE III.

RECAPITULACION DE LOS INGRESOS.

Toma tú ahora la Gaceta, PELEGRIN, le dije, y ve leyendo las partidas que mas te llamen la atencion, porque estas son tantas que el examinarlas todas fuera obra, no de un dia sino de muchos, cuanto mas que de una gran parte de estos artículos nosotros ó no entendemos nada, ó entendemos bien poco, por ser enteramente ajenos á nuestra carrera y profesion.

—Asi lo haré, señor, y yo cortaré por donde mejor me parezca. Pero antes de todo quisiera hacer á vd. una pregunta. Toda vez que los ingresos van á ser iguales á los gastos, salvo una corta diferencia de maravedis, segun vd. ha dicho y de aqui resulta, ¿qué es lo que el hermano Mon se ha propuesto nivelar, los gastos á los ingresos, ó los ingresos á los gastos?

—Pregunta es esa, PELEGRIN, mas de persona entendida que de simple lego.

—Señor, no es mas que una pregunta inocente. Porque digo yo: la dificultad no está en sacar *mil* para atender á otros *mil* que se han de gastar, porque eso es muy fácil, y yo lo haría sin ser ministro de Hacienda, puesto que todo se reduce á que si la contribucion *A* habia de subir á 200, que suba á 300, y lo mismo la contribucion *B* y *C*, y paga, y callate el pico, ó chilla, que lo mismo me dá; sino en si esos *mil* son ó no son de preciso é indispensable gasto, ó si ahí es donde debia entrar la economía y el ahorro; que mucho me temo, amo mio FR. GERUNDIO, mucho me temo que no sea ahí donde esté el *busilis* y el *quis vel quis* de la cosa.

—Justamente es lo que me temo yo tambien, PELEGRIN mio muy amado; mas para juzgar de eso necesitábamos conocer la estadística del personal y sueldos del servicio de cada ramo ó ministerio, aunque creo que no aventuraremos nada en suponer que continuará poco mas ó menos la misma falange de empleados superfluos que hasta aqui, que es la verdadera gangrena de esta nacion siempre magnánima y generosa, y siempre oficinesca y empleada. Pero mientras esto conocemos y

podemos hablar con datos, ve ahora leyendo las partidas que á tí mejor te parezca.

—Señor, aquí viene rompiendo la marcha la consabida de 300 millones de la de inmuebles, de la cual bastante hemos hablado. Siguen 34 millones de la de subsidio industrial y de comercio.

—Adelante, PELEGRIN.

—Señor, esta tercera partida debe estar equivocada. Aquí dice *Impuestos sobre grandezas y títulos*. 744,000 rs.

—Pues eso será, hombre.

—¿Cómo ha de ser esto, señor? Serán 7 millones de rs. lo menos, cuando no sean 74 millones. Pues qué, esa lluvia de grandezas y títulos que cae todos los años, ¿no ha de producir mas que la miseria que está aquí señalada? Dígole á vd. que lo menos deberán ser 7 millones, y me quedo corto.

—¿No ves que las grandezas y títulos se dan casi gratis, y por lo comun libres de lanzas y medias anatas.

—Pues señor, que paguen anatas enteras y lanzas dobles, que á fé que bien les gusta luego y bien se esponjan cuando les dicen: «*beso á V. la mano, Sr. Conde; vaya V. con Dios, Sr. Marqués*» y esto algo vale, y aquí es donde yo cargaria la mano, y no sobre un infeliz que tiene que quitarse el pan de la boca ó de la de sus hijos para dárselo á la nacion. Y repito que si las grandezas y títulos no producen mas que esta fruslería que está aquí señalada, con llover tanto como llueven, es una indominia para el país y hasta para los mismos interesados.

—Tienes razon que te sobra, PELEGRIN, y prosigue.

—Señor, aquí tropiezo con 138 millones de *consumos y derechos de puertas*, que puertas del infierno son ellas, ó por lo menos del purgatorio, para todos los que por ellas tienen que entrar.

—Cierto que es una contribucion odiosísima por las molestias y abusos á que dá margen, pero dicen que es necesaria, y vamos andando.

—«*Derechos de arancel*. 161 millones.»

—Eso, PELEGRIN, es un aumento de 47 millones, que supone el hermano Mon producirá la renta de aduanas sobre lo que produjo el año pasado, en virtud de ciertas reformas que piensa hacer en los aranceles. Así hallarás tambien aumentadas las rentas de *tabaco y sal*, de 137 millones la una, y 93 la otra, que produjeron el año pasado, á 165 la primera, y 100

la segunda, que supone deben producir este año. Pero esto es un suponer, que despues será lo que Dios quisiere, que asi fué el año pasado tambien. Entretanto, de algun modo se ha de aparentar que los ingresos corresponden á los gastos.

—Señor, aqui hay una partidilla que no sé qué significa. Dice: *Cuarta parte de comisos*. 2.500,000 rs.

—Pues esa partidilla, PELEGRIN, encierra otro compendio de moral por parte del pueblo y de buena administracion por parte del gobierno. La *cuarta parte de comisos* es la cuarta parte que se aplica á la hacienda de los géneros decomisados ó de contrabando que se aprehendan. De manera que computada esta en dos millones y medio de reales, supone el ministro que se aprehenderán contrabandos por valor de *diez millones*. Calculando ahora que el diezmo de los contrabandos sea el que caiga en manos del resguardo de la hacienda, resulta que ingresarán este año en España efectos de contrabando por valor de *cien millones de reales*; y si, como creo, de veinte contrabandos solo uno cae en poder de la hacienda, serán *doscientos millones* de artículos de contrabando los que entren. Lo cual hace la apología, asi de nuestra buena administracion, como de la moralidad que ha producido en el pueblo. Ya ves si la partidilla es tambien un buen epítome de moral y de administracion, confesado de público por el ministro de Hacienda.

—Señor, aqui hay otra partidilla equivocada. Dice: *Preces á Roma* 360,000 rs. Supongo yo que habrá querido decir: *Preces á Gaeta, ó donde se halle*.

—Eso no quiere decir mas, PELEGRIN, sino que supone que el Santo Padre habrá de volver á Roma, y que allí irán tambien las preces.

Quedóse TIRABEQUE algun tiempo callado, y le dije: ¿qué es eso? entre tantas partidas ¿no encuentras mas que notar y que merezca nuestro exámen?

—Señor, me respondió, estoy leyendo de arriba abajo y de abajo arriba, y por mas vueltas que le doy no encuentro una que ando buscando.

—Dimela, que acaso yo podré darte razon de ella.

—Señor, buscaba el *impuesto sobre coches y caballos de lujo*, que debe ser una contribucion que dé unos rendimientos muy pingües, y ademas muy justa, y que aliviaria mucho las cargas de la gente pobre.....

—Pues no te molestes, PELEGRIN, porque esa contribucion no la hallarás nunca en los presupuestos.

Al llegar aquí vinieron los cajistas á avisar que ya no daba mas de sí el presupuesto de las páginas de la *Revista*, por lo que fué menester suspender nuestro exámen. Y aun hube de suprimir algunas líneas para dejar un huequecillo á la siguiente

ATENTA CONTESTACION

DE

FR. GERUNDIO AL HERMANO ALEJANDRO.

«Excmo. Sr. D. Alejandro Mon.—Muy señor mio: Me tomo la confianza de pasar á manos de vd. un ejemplar de la *Revista* de este dia, para que vea vd. cómo hemos procurado, asi mi reverencia como mi lego TIRABEQUE, corresponder á la fina invitacion que en su muy atenta carta se sirvió hacernos, para que examináramos los presupuestos del presente año. Vd. notará la indulgencia con que lo hemos hecho; en el bien entendido, que esto no es mas que el primer rifirrafe que hemos podido darle, por no sernos conocido aun el pormenor de la inversion y aplicacion que vd. da á cada partidilla, en lo cual me temo que no nayamos de poder remediar el que tenga vd. que sufrir algunas arremetidas, un tanto bruscas, hijas de la escrupulosidad de este impertinente TIRABEQUE.

«No ocurre mas por hoy, y vea vd. de mandar otra cosa á este su atento y seguro servidor y capellan, Q. S. M. B.—
FR. GERUNDIO.»
